

El triángulo septentrional: las relaciones entre Estados Unidos, la UE y Rusia

Una complementariedad flexible y compleja

Francesc Serra Massansalvador*

RESUMEN

Este artículo se propone analizar las implicaciones estructurales de la cooperación entre Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia, así como las formas que dicha cooperación toma según el ámbito que se trate. A principios de un nuevo siglo, la estructura del sistema internacional presenta síntomas de geometría variable, en que la que aparece como potencia hegemónica en el campo de la seguridad precisa de apoyos sólidos para ejercer esta hegemonía. Estos apoyos habrá que buscarlos no sólo en el plano estratégico sino, sobre todo, en aspectos como el comercio, el control de las organizaciones internacionales o incluso el ámbito ideológico, campos todos ellos en que difícilmente se puede ejercer una hegemonía desde un planteamiento unilateral.

Palabras clave: Estados Unidos, Unión Europea, Federación Rusa, cooperación, relaciones internacionales

La estructura internacional surgida de las ruinas de la Guerra Fría presenta una necesidad básica de entendimiento entre los antiguos rivales en la era de la bipolaridad. Ello ha debido combinarse con dos procesos especialmente sensibles que coexisten a lo largo de los últimos quince años: por un lado, la reconstrucción económica y social que debe

*Profesor de Relaciones Internacionales, Universitat Autònoma de Barcelona.

francesc.serra@uab.es

afrontar una Rusia convulsa y arruinada; y, por otro, el prolongado período de cohesión de las nuevas formas que toman dos actores fundamentales como son la Unión Europea, en pleno proceso de consolidación, y la Federación Rusa, que debe enfrentarse a un sistema internacional en que ha perdido el protagonismo e incluso la autonomía que había ejercido la Unión Soviética durante buena parte del siglo XX.

Sin embargo, existe un interés manifiesto por parte de las potencias del nuevo sistema internacional por estimular y consolidar estos procesos en aras de garantizar una estabilidad mutuamente beneficiosa. Por un lado, Estados Unidos, erigida en potencia hegemónica desde el punto de vista militar, pretende mantener buenas relaciones con el que fuera su rival hasta época reciente, y enterrar de este modo un conflicto histórico en un momento en que se abren nuevos frentes ideológicos. Por su parte, la Unión Europea exige, para su propio proceso de consolidación, estabilidad en sus fronteras y delimitación en su propia expansión geográfica, además de un socio comercial fidedigno. Y, en cuanto a Rusia, su prioridad en este período es establecer un clima de confianza internacional que garantice su proceso de reconstrucción, además de un reconocimiento exterior de su papel como potencia del sistema. Estas distintas prioridades hallan un espacio común en la búsqueda de estabilidad y la superación de tensiones pasadas o emergentes, lo cual deja espacio para una amplia agenda compartida. Sin embargo, la permanencia de tensiones entre los tres actores y, sobre todo, la especialización que han desarrollado las relaciones bilaterales entre cada uno de los elementos de este triángulo han llevado a la creación de una red compleja de relaciones en que a menudo se crean confrontaciones o rivalidades que enfrentan a dos de los componentes de este conjunto con el restante. Cabe preguntarnos hasta qué punto las tensiones desarrolladas de este modo reflejan unas desavenencias estructurales o simplemente son una vía de escape, una catarsis, que permite mantener un marco básico de cooperación entre tres actores que mantienen una convergencia fundamental de intereses.

El presente artículo se propone precisamente analizar las implicaciones estructurales de la cooperación entre Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia, así como las formas que dicha cooperación toma según el ámbito que se trate. A principios de un nuevo siglo, la estructura del sistema internacional presenta síntomas de geometría variable, en que la que aparece como potencia hegemónica en el campo de la seguridad precisa de apoyos sólidos para ejercer esta hegemonía. Estos apoyos habrá que buscarlos no sólo en el plano estratégico sino, sobre todo, en aspectos como el comercio, el control de las organizaciones internacionales o incluso el ámbito ideológico, campos todos ellos en que difícilmente se puede ejercer una hegemonía desde un planteamiento unilateral.

En la actualidad se habla cada vez con más empeño de nuevas potencias emergentes, como Brasil, Sudáfrica, India y, sobre todo, China, que dibujan un sistema internacional en el que habrá que contar, en un futuro próximo, con estructuras multilaterales complejas. La hegemonía estadounidense, apenas consolidada tras la prolongada Guerra

Fría, parece buscar apoyos sólidos en los aliados con que pueda compartir más intereses y objetivos comunes. Con la Administración de George W. Bush, Estados Unidos ha ensayado una actitud unilateralista que puede llegar a prescindir no sólo de las organizaciones internacionales, sino de los apoyos de algunos aliados importantes. Tras la amarga experiencia de Irak, y con las relaciones transatlánticas aún resentidas, las últimas declaraciones del presidente Bush en su segundo mandato apuntan a restablecer vínculos con sus aliados tradicionales. Ello se sumaría a las buenas relaciones que se han consolidado entre Washington y Moscú a partir de la constatación de una convergencia de intereses en materia de seguridad. Aparentemente, podríamos hablar del restablecimiento de una extensa área de confianza que ocupa todo el tercio septentrional del planeta, en la que los intereses básicos convergen y en la que se ha establecido un claro beneficio mutuo como resultante de esta confianza. Sin embargo, existen profundas diferencias que aparecen a menudo en este triángulo de cooperación y que toman el aspecto de un enfrentamiento entre una de las potencias y las otras dos; ello permite hablar de una cooperación triangular de geometría flexible, en que los ángulos pueden alejarse o acercarse según las prioridades de la agenda y dar, así, la apariencia de enfrentamientos puntuales entre potencias o coaliciones sectoriales en la cumbre del sistema internacional.

COOPERACIÓN TRANSATLÁNTICA: EL VÍNCULO OCCIDENTAL, MÁS ALLÁ DE LAS CRISIS EN MATERIA DE SEGURIDAD

En el triángulo de cooperación mencionado, el vértice que presenta mayores características estructurales es, sin lugar a dudas, el que mantienen la Unión Europea y Estados Unidos. Aliados durante la Guerra Fría, este hecho no ha impedido que surgiieran diferencias históricas que han alimentado un distanciamiento profundo precisamente en materias tan delicadas como la seguridad y la defensa. En las últimas décadas, dichas diferencias se expresaban alrededor de la consolidación de una identidad europea de defensa y la creación de una Unión Europea con ambiciones en el campo de la seguridad; sin embargo, el primer lustro del siglo XXI ha expresado un nuevo nivel de desencuentro entre las dos orillas del Atlántico sin precedentes, por lo menos desde el enfrentamiento de De Gaulle con la OTAN. La llegada al poder de George W. Bush llevó a una fase de desconfianza en medios europeos hacia una administración con un discurso centrado en la seguridad y poco sensible hacia preocupaciones de la agenda internacional como el Protocolo de Kyoto o el Tribunal Penal Internacional. Conflictos

comerciales, como la limitación impuesta por Washington a la importación de acero o cereales, o el desarrollo de un ambicioso programa estratégico, el *Missile Defense* (MD)¹, marcan una fase de distanciamiento entre Washington y sus aliados europeos, estos últimos más cercanos a opciones multilateristas. Los ataques del 11 de septiembre contribuyeron a acercar posiciones en los últimos meses de 2001, pero muy pronto la Administración Bush retomó un discurso agresivo que amenaza con prescindir de apoyos exteriores para alcanzar sus objetivos en el área internacional.

A partir de la crisis de Irak volvemos a encontrar a una Europa reticente a seguir el mandato americano. Pero, lo que es más significativo, hallamos también a una Europa dividida en este aspecto, con un número influyente de países que se manifiestan partidarios de alinearse incondicionalmente con la iniciativa militar de Bush. Así pues, se rompió el consenso europeo arduamente conseguido a partir de los acuerdos de Saint-Malo², que permitieron la elaboración en 1999 de una Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD). Los planes de Estados Unidos para intervenir militarmente en Irak recibieron las críticas del núcleo franco-germánico de la UE, pero al mismo tiempo ganaron el apoyo del Reino Unido, que de este modo retomó su claro posicionamiento atlantista, de otros gobiernos de la UE –como la España de Aznar y la Italia de Berlusconi– y, lo que tal vez resulta más significativo, del grueso de países que debían ingresar en la UE en 2004³. Las desavenencias europeas llegaron en un momento inopportuno para la construcción de la Unión, precisamente cuando ésta se preparaba para una ampliación decisiva a 25 miembros y cuando la Constitución Europea iniciaba el proceso de aprobación tras los trabajos de la Convención Europea. Precisamente en el instante en que parecía completarse la definición de una Europa fuerte, con características definidas en el área estratégica, es cuando se reabre el debate sobre la vinculación atlantista de Europa, con la reaparición de posiciones estratégicas históricamente enfrentadas. Pero, además, la adhesión a la posición de Washington de países tradicionalmente europeístas como España e Italia, y la perspectiva de un sector atlantista que ganaba peso entre los países candidatos, parecía sumir al proceso de construcción europea en un callejón sin salida. La reacción del núcleo de países “europeístas” tampoco fue, probablemente, comedida; el 29 de abril de 2003 los jefes de Estado o de Gobierno de Francia, Alemania, Bélgica y Luxemburgo hicieron público en Bruselas una propuesta en que manifestaban su interés por reforzar la defensa europea. En el clima de enfrentamiento en materia de seguridad, tanto en el seno de la comunidad atlántica como en la europea, este gesto fue interpretado como de desafío y de respuesta al posicionamiento radicalmente atlantista de sus aliados europeos.

La crisis de Irak ha tenido graves consecuencias en la construcción europea y ha enraizado las relaciones transatlánticas. Este hecho ha llevado a un profundo debate en ambas orillas del océano acerca de la actualidad de estos vínculos en materia de seguridad. La materialización de la ocupación de Irak en 2003, la dramática evolución de dicho con-

flicto, con la retirada total o parcial de tropas de varios aliados de Bush, el vuelco electoral en España tras los atentados de marzo de 2004 y el encauzamiento del proceso europeo, tras la quinta ampliación y la aprobación del Tratado Constitutivo por las principales instituciones europeas, parecen plantear un escenario menos crispado en este debate. Las referencias a la política exterior en los discursos de toma de posesión de la nueva secretaria de Estado de Estados Unidos, Condoleezza Rice, y en la toma de posesión del segundo mandato de George W. Bush, en febrero de 2005, dejaban lugar a un entendimiento entre Estados Unidos y sus aliados tradicionales, además de dejar la puerta abierta al multilateralismo y a la colaboración con las organizaciones internacionales. Las buenas intenciones así manifestadas han experimentado una puesta en escena ideal con la gira de Bush por Europa a principios de 2005. En su discurso en Bruselas ante el Consejo Europeo, el 21 de febrero, el presidente estadounidense ha tendido la mano hacia Europa al brindar por un futuro de colaboración que pueda superar cualquier “*temporary debate or passing disagreement of governments*”⁴. El clima receptivo que ha hallado Bush en su gira europea queda reflejado en el comunicado redactado a raíz de este viaje por 61 intelectuales estadounidenses y europeos, en que expresan su deseo de restablecer los vínculos transatlánticos⁵.

A falta de comprobar hasta qué punto la crisis de Irak ha dañado las relaciones estructurales entre Estados Unidos y Europa en un futuro, aparentemente sí ha servido para comprobar los costes que puede acarrear una falta de entendimiento entre ambos. El período correspondiente al primer mandato de Bush ha llevado a la peor crisis de las relaciones transatlánticas en décadas, con una falta de entendimiento sólo mitigada durante el último cuatrimestre de 2001, a raíz de la solidaridad por el 11 de septiembre y con la colaboración en las operaciones consiguientes sobre Afganistán. Sin embargo, esta crisis probablemente ha reforzado la conciencia de necesidad mutua y de colaboración en un área tan sensible como es la seguridad. En los últimos años del siglo XX, la Unión Europea y Estados Unidos habían alcanzado un clima de entendimiento en Bosnia y en Kosovo que permitió que ambas potencias colaborasen en políticas de restablecimiento de la paz generalmente valoradas como positivas⁶, en un clima de participación multilateral y en un marco de respeto a la legalidad internacional y al papel de Naciones Unidas. Este modelo también es el que ha imperado en la política seguida por la OTAN en Afganistán. La superación del desencuentro sobre Irak puede llevar al restablecimiento de una política compartida entre Estados Unidos y la Unión Europea sobre el sistema internacional. Cabría un profundo debate acerca de las causas de este desencuentro. Aparentemente, Washington ha prescindido de un consenso multilateral para llevar a cabo operaciones militares consecuentes con sus necesidades estratégicas; cuando determinados países europeos se oponen a esta actitud están defendiendo una toma de decisiones multilateral en la esfera global de la seguridad, pero también expresan unas necesidades estratégicas divergentes de las de Washington. Durante la crisis de la invasión de Irak, como es habitual, los posicionamientos ideológicos y la contraposición de valores ha alcanzado un clima exacerbado, con mutuas

acusaciones de falta de sensibilidad del contrario hacia principios irrenunciables de cada una de las partes; es posible, sin embargo, que tanto los intereses como los valores ideológicos sean más cercanos de lo expuesto durante la crisis, y así parecen expresarlo los últimos gestos de ambas partes hacia la reconciliación. De este modo, Europa puede compartir a grandes rasgos la preocupación de Washington por la seguridad internacional y por la persecución del terrorismo de raíz islámica, al mismo tiempo que Estados Unidos no puede ni desea prescindir, como pretendía cierta retórica europeísta, de un consenso multilateral en la política internacional. La falta de entendimiento había llevado a la descalificación mutua y al estereotipo redundante, de modo que Europa era vista como la potencia débil del sistema internacional, la “Venus” de Kagan⁷, egoísta e insolidaria; y Estados Unidos había pasado a ser, para el imaginario europeo, un hegemón arrogante e insaciable con manía persecutoria hacia las peculiaridades culturales y hacia la preeminencia del derecho internacional. Tras la crisis de Irak (o tras una fase especialmente áspera de dicha crisis) Estados Unidos y la UE parecen estar de acuerdo en que tienen mucho más en común de lo que los separa: el respeto a los derechos humanos y a las instituciones internacionales puede relativizarse del mismo modo a ambas orillas del Atlántico, siempre que no se utilicen como armas arrojadizas en un debate interesado; así lo prueba la actitud de determinados países europeos ante algunas de sus antiguas colonias (por ejemplo, Francia en Côte d’Ivoire, o el Reino Unido ante Zimbabwe) o el fracaso de la condicionalidad democrática en la política comercial de la Unión Europea. La convergencia de intereses estratégicos, comerciales y energéticos entre Estados Unidos y Europa es tal que justifica una política común en el ámbito internacional y que podamos hablar de un liderazgo compartido. Máxime cuando, en el caso de la UE, el surgimiento de susceptibilidades en cuanto a la alianza transatlántica puede llevar fácilmente a serias divergencias en el interior del proyecto europeo. Esta convergencia de intereses presenta, por supuesto, diferencias en cuanto a la percepción de valores, pero que pueden ser minimizadas cuando la seguridad es prioritaria en la agenda. De cualquier modo, esta alianza tiene características básicas de flexibilidad que permiten no sólo que se presenten distanciamientos puntuales, sino que ambas partes amplíen sus vínculos hacia otros aliados en ocasiones para reforzar estos distanciamientos transatlánticos, como refleja el papel de Rusia en estas contiendas.

COOPERACIÓN CONTINENTAL EUROPEA O POLÍTICA DEL BUEN VECINO

Rusia ha pretendido llevar siempre una política de cooperación con la Unión Europea. De hecho, esta tendencia ha sido inevitable, dado el papel de la UE como

primer inversor y socio de Rusia. En este sentido, Bruselas se ha mostrado el principal garante de la recuperación y la estabilidad económica que tanto precisaba una Rusia que emergía maltrecha de la eclosión soviética. Sin embargo, esta cooperación entre ambos lados del continente europeo no ha sido un camino de rosas, sino un sendero sembrado de desconfianzas, temores y reproches. En realidad, podemos distinguir cuatro fases en las que la cooperación entre la UE y Rusia han pasado por momentos muy distintos: en la primera, hasta 1994, la UE, en período formativo como actor político internacional, asume una fuerte responsabilidad sobre la recuperación económica y política de Moscú. Esta fase, que a menudo es vista desde Rusia como una muestra humillante de paternalismo y de servilismo hacia Occidente, pasa por el reconocimiento internacional de Rusia como potencia y por la condescendencia hacia las limitaciones políticas de Rusia, incluidos los abusos del poder de Yeltsin y las vulneraciones de los derechos humanos. En este primer período la colaboración de la UE con Rusia se centra en inversiones directas y en la canalización de la ayuda técnica a través del programa TACIS. La primera crisis de Chechenia, en 1994, significa un grave deterioro de la confianza entre Rusia y Occidente, y el inicio de una segunda fase en las relaciones de Moscú con Bruselas. Desde Europa occidental se reacciona con acritud a la dureza de la campaña caucásica y, en correspondencia, crece el sentimiento antioccidental en Rusia⁸. Los acuerdos comerciales y políticos entre ambas partes se ven aplazados, aumenta la oposición rusa a las posiciones occidentales en los Balcanes o el Báltico y, en general, se percibe una incomprendición mutua entre Rusia y sus aliados occidentales. De modo paralelo, crece la desconfianza de la sociedad rusa hacia la comunidad internacional y hacia los propios dirigentes rusos, que son percibidos como un elemento corrupto y profundamente antipatriótico impuesto desde el exterior. El Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC) entre la UE y Rusia, firmado en 1994, no entra en vigor hasta 1997 debido a esta crisis de confianza. Esta segunda fase en las relaciones de Rusia con la UE puede darse por terminada a raíz de la crisis económica de 1998, durante la cual Bruselas debe suministrar apoyo económico y político a Moscú y al mismo tiempo debe replantearse los canales de colaboración con la Federación Rusa. Durante esta tercera fase se restablece hasta cierto punto la confianza entre ambos actores y se intensifican sus relaciones comerciales, centradas cada vez más en la exportación de hidrocarburos hacia Occidente por parte de las grandes compañías rusas. La Unión Europea tiene durante esta fase una oportunidad magnífica de restablecer la confianza hacia Rusia durante la segunda crisis de Chechenia, en 1999: los gobiernos europeos no sólo se abstienen de condenar la reedición de los abusos del ejército ruso en el Cáucaso, sino que contribuyen a silenciar las críticas que emergen al respecto desde organizaciones como el Consejo de Europa o la OSCE⁹. Esta fase de restablecimiento de la confianza concluye con la toma de posesión de Putin, en 2000, en que aparecen nuevos factores a ser tenidos en cuenta en la agenda internacional.

A lo largo de estas tres fases, a pesar de los recelos aparecidos, Rusia ha generado una densa red de interdependencias con la Unión Europea. No se trata tan sólo de la cooperación económica, bajo forma asistencial en un principio y como intercambios comerciales más tarde. El Acuerdo de Colaboración y Cooperación entre Moscú y Bruselas prevé un contacto político intenso entre las instituciones de ambos actores, incluyendo la celebración de dos cumbres anuales y el establecimiento de una estrecha cooperación en ámbitos como la educación, los transportes y las comunicaciones, el medio ambiente, etc. Sin embargo, en esta colaboración institucional, la más intensa que lleva a cabo la UE con un país que sea candidato a la adhesión, queda expresamente excluido cualquier aspecto vinculado a la seguridad. Ello se debe, en primer lugar, a dos aspectos obvios y vinculados entre sí, como son el hecho de que la UE tiene poco desarrollada su faceta en el campo de la seguridad y, por otra parte, que Rusia ya tiene establecida su vía de diálogo directo con la OTAN. De todos modos, hay que destacar que existe por parte de Rusia y la UE un claro interés en mantener su relación en el ámbito de la *low politics*, privilegiando los vínculos comerciales y político-estructurales, por una razón de confianza. Las crisis entre Rusia y Occidente durante la década de los años noventa han quedado por lo general ceñidas a aspectos estratégicos y, en consecuencia, han sido canalizadas hacia las relaciones de Rusia con la OTAN o con Estados Unidos. Esto ha permitido a las autoridades rusas establecer una dualidad en su relación con Occidente: al mismo tiempo que se presenta la relación con la UE como un proceso constructivo y mutuamente beneficioso, la opinión pública rusa ve alimentados sus recelos hacia la comunidad internacional con los enfrentamientos que mantiene el Kremlin hacia Washington, la OTAN y la evolución del sistema internacional en materia de seguridad. Poco importa en este caso que los miembros de la UE también lo sean mayormente de la OTAN, o que la propia UE haya contribuido a políticas percibidas como negativas desde Rusia, como la condena a la política de Moscú en Chechenia. Incluso Rusia es capaz de alcanzar acuerdos sobre la ampliación de la UE hacia el Este, pero manifiesta vigorosamente su disgusto hacia la ampliación de la OTAN, que considera, en el mejor de los casos, como una muestra de desconfianza.

Pero la fase iniciada en el año 2000 en las relaciones UE-Rusia presenta un cambio importante en este panorama. La llegada de George W. Bush al poder, poco después de que lo hiciera Putin, parecía acercar las posiciones de Rusia y Europa ante un Washington más agresivo que bajo las administraciones anteriores. Sin embargo, el uso por parte de Bush de un discurso militarista y centrado en la percepción de amenazas ha encontrado un eco insospechado en Moscú. Esta situación ha llevado a una paradoja en las relaciones de Moscú y Bruselas: poco antes de los atentados del 11 de septiembre ambas capitales parecían aunar su oposición a las políticas de Washington, especialmente en cuanto se refiere a la limitación de las importaciones de cereales y acero, al escudo antimisiles de la MD y a la negativa a suscribir el acuerdo de estable-

cimiento de la Corte Penal Internacional. Este frente común europeo ante Estados Unidos desaparece a finales de 2001, al tiempo que Putin establece una sintonía específica en materia de seguridad con Bush. A raíz de la crisis de Irak se hubiera podido potenciar un nuevo frente antiBush por la convergencia de posturas de Francia, Alemania y Rusia en su oposición a la intervención sobre Irak. Sin embargo, Putin rechaza hacer causa común con el núcleo europeista de la UE y mantiene su oposición a la guerra por su propia vía, lo que le reportará también un trato diferenciado por parte de Bush.

La potenciación de los aspectos estratégicos en la agenda internacional de Putin se ha dejado sentir sustancialmente en las relaciones de Rusia con Europa. De repente, emerge una susceptibilidad y una desconfianza que parecían superadas en fases anteriores del diálogo intereuropeo. De este modo, la ampliación de la UE plantea problemas que antes apenas habían sido percibidos, como la situación en que pasa a encontrarse el enclave ruso de Kaliningrado, en el Báltico¹⁰. Por otra parte, las críticas occidentales sobre la actitud rusa en Chechenia, aunque han bajado notablemente de intensidad con relación a las que se produjeron en 1994-1995, siguen siendo percibidas como una injerencia en la soberanía rusa. A la insistencia eurooccidental sobre la falta de garantías democráticas y de protección a las minorías en Rusia, han resurgido en la prensa y en la clase política rusa las referencias a los derechos de las minorías rusófonas del Báltico¹¹. La sensibilidad rusa hacia la perspectiva occidental sobre la política del Kremlin llega a sus extremos a lo largo de 2004 cuando, en septiembre, algunas autoridades comunitarias manifiestan un tímido recelo hacia la actitud de las fuerzas de seguridad rusas ante la tragedia de Beslán¹². La prensa, la clase política y la presidencia de Rusia reaccionan con una virulencia que se satisface pronto con la plena adhesión de las instituciones comunitarias a la estrategia rusa. En noviembre siguiente, sin embargo, se abre otro frente de crisis cuando desde las instituciones europeas se cuestionan los resultados de la segunda ronda de las elecciones ucranianas. El hecho de que en aquel momento se celebre la cumbre UE-Rusia en La Haya permite a los medios de comunicación constatar el enfado de Putin ante la posición occidental.

La ampliación de la UE en 2004 no necesariamente ha contribuido a suavizar esta tensión. Si bien los discursos de los nuevos países comunitarios recalcan la necesidad de hallar estabilidad en las nuevas fronteras orientales de la Unión y han potenciado la creación de una Dimensión Oriental, lo cierto es que para muchos países que han estado históricamente amenazados por Rusia existe aún un fuerte recelo. En este sentido, podemos interpretar las declaraciones de algunos líderes de la zona y la actitud de países como Polonia y Lituania durante la crisis ucraniana. Es evidente que una parte considerable de la opinión pública y de la clase política de estos países¹³ ve en Rusia un régimen antidemocrático y una amenaza potencial y apuestan por sustraer a Ucrania de la influencia rusa.

Las relaciones entre la UE y Rusia pasan por un momento bajo. Ello se debe a la priorización de la seguridad por la Administración Putin y, en gran medida, por la percepción de una nueva sintonía con Washington. La ampliación de la UE, sin duda, ha

contribuido igualmente a generar una nueva atmósfera donde pueden aflorar tensiones históricas. Sin embargo, los lazos de interdependencia son extremadamente fuertes: el 60% de las exportaciones rusas van a la UE; de estas exportaciones, algo más de la mitad consisten en hidrocarburos. Rusia provee en el año 2004 cerca del 20% de las importaciones petrolíferas de la Unión, así como el 43% del gas importado. Del mismo modo, la UE aporta cerca del 40% de las importaciones rusas; globalmente, Rusia es el quinto socio comercial de la UE, tras Estados Unidos, Suiza, China y Japón. La vinculación entre las dos partes de Europa va más allá del comercio: Rusia aporta estabilidad a las fronteras de la UE y ofrece, como se ha dicho más arriba, una estrecha cooperación en numerosos ámbitos. Rusia sigue siendo un aliado necesario para Bruselas y busca enumerar a menudo los puntos en común que justifican esta relación especial, singularmente los valores compartidos. Entre estos valores, lo dicen con insistencia los comunicados de las cumbres UE-Rusia, se halla el respeto hacia los derechos humanos y hacia los derechos de las minorías. En este punto es donde probablemente haya más acuerdo: Rusia insiste en que respeta los derechos humanos y se alegra de ver que la UE así lo reconoce. Y cuando no son respetados, la UE manifiesta celebrar el respeto de Rusia hacia esos derechos...

La Unión Europea necesita el apoyo de Rusia no sólo para garantizar unas fronteras estables y por intereses económicos; la propia cohesión de la Unión pasa por unas relaciones consolidadas con su vecino oriental, ya sea para afianzar su propia identidad dentro del sistema internacional o para restañar las heridas internas que amenaza al propio proceso europeo. En este sentido, debemos entender la ostentación que presenta la cumbre realizada en marzo de 2005 entre Putin y algunos líderes europeos, en que se ha mostrado especial interés en resaltar los “valores comunes” y la voluntad de estrechar los vínculos de cooperación existentes¹⁴.

RUSIA Y ESTADOS UNIDOS, LA BÚSQUEDA DE UN CONCEPTO COLECTIVO DE SEGURIDAD

Del mismo modo que las relaciones entre Rusia y la Unión Europea han estado presididas tradicionalmente por la consolidación de una confianza mutua centrada en la cooperación institucional y en la esfera económica, los vínculos entre Washington y Moscú se han concentrado en términos de *high politics*, dominados por el ámbito de seguridad y amenazados a menudo por un clima de desconfianza mutua. Ello no impide, sin embargo, que se haya establecido una cooperación estructural en este ámbito, aunque de difícil institucionalización. Durante los años noventa Estados Unidos per-

manecía distante de los intereses rusos, permitiendo si acaso la reconstrucción de su espacio internacional como potencia al admitirla en los grandes foros planetarios. Esta aparente frialdad se debía a una posición incómoda de los dirigentes rusos, que deben reflejar ante su opinión pública una cierta sintonía respecto al recelo percibido hacia la hegemonía estratégica estadounidense, al tiempo que precisan urgentemente la ayuda occidental y la disminución de sintonías; esta dualidad se soluciona parcialmente, como se ha apuntado más arriba, canalizando las buenas relaciones exteriores rusas hacia la UE mientras que Estados Unidos y la OTAN seguían interpretando, en la retórica política rusa, el papel de amenaza y competencia ante los intereses rusos. En el lenguaje político estadounidense, a su vez, reemerge de vez en cuando el fantasma tan repetido durante décadas, de la amenaza rusa a la estabilidad internacional¹⁵.

Hemos visto también cómo y cuándo se produce un vuelco en esta situación: las administraciones de V. Putin y G.W. Bush hablan un lenguaje cercano, nacionalista y centrado en la seguridad ante graves amenazas hacia sus sociedades. Esta percepción militarista y de peligro exterior, que en ocasiones anteriores podía tener su reflejo en la reproducción de la rivalidad Este-Oeste y en el replegamiento de ambas potencias en la seguridad nacional, adquiere ahora una nueva dimensión; existe un interés manifiesto en identificar a las respectivas amenazas como un enemigo común. Cuando, en octubre de 2001, Putin viajó a Texas y se entrevistó largamente con Bush, parecía que estábamos ante una alianza consolidada desde hacía tiempo; la cordialidad expresada en los actos públicos por ambos líderes no traslucía las profundas rivalidades que existían pocos meses atrás en materias como la seguridad (cuando Moscú había esgrimido la vigencia del acuerdo ABM de 1972 para oponerse al programa defensivo MD de Bush) o el comercio (en que Rusia había planteado un eje común con la UE para defender las exportaciones de acero y cereales a Estados Unidos). Las conversaciones de Texas daban lugar a esperanzas en materia defensiva: Moscú retira su oposición a los panes defensivos de Washington y ambos países anuncian una fuerte reducción en sus arsenales nucleares; en febrero de 2002 se firmó un nuevo Acuerdo de Asociación entre Rusia y la OTAN que reforzó la cooperación en el área de seguridad. Incluso se abrieron perspectivas en materias hasta el momento poco exploradas de cooperación: Putin y Bush anuncian el proyecto de aumentar la exportación de hidrocarburos rusos a Estados Unidos y la construcción de nuevos oleoductos y gasoductos con este propósito. Este último acuerdo levantó susceptibilidades en la UE, al abrir el camino hacia la pérdida del monopolio comunitario sobre el comercio ruso; el triángulo septentrional se estrechaba por sus vértices Moscú-Washington, pero esto hacía que Bruselas se viese distanciada de este vínculo.

La alianza estratégica entre Bush y Putin supera incluso algunos obstáculos especialmente difíciles: la oposición de Moscú a la intervención sobre Irak, probablemente inevitable¹⁶, no supone un grave inconveniente para Washington, que centra su rencor

en otros estados que se habían opuesto a la operación; la doctrina del momento es “castigar a Francia, ignorar a Alemania, perdonar a Rusia”. Putin se siente cómodo con la nueva sintonía americana; permite el paso a las tropas de Washington para que crucen Asia Central en su camino hacia Afganistán e incluso se instalen en Georgia para controlar el corredor de Pankisi, santuario de los guerrilleros chechenos. Esto provoca la indignación de algunos sectores militares rusos, recelosos de la pérdida de influencia regional de Rusia, pero en realidad consolida la influencia del Kremlin sobre el antiguo espacio soviético, puesto que Washington reconoce el liderazgo de Moscú en la región. Putin ve en la campaña de Bush contra el terrorismo islámico internacional un claro reflejo de su propia guerra contra el terrorismo checheno, por lo que se siente más comprendido por un Bush con quien comparte un sentimiento de amenaza que con unos líderes europeos que parecen reprocharle continuamente sus decisiones internas. Por su parte, Bush también ve en Putin un líder con el cual compartir una perspectiva de seguridad, pero sobre todo pretende controlar un área de inestabilidad estructural en un momento en que necesita precisamente no crear nuevos frentes de tensión. En palabras de Condoleezza Rice de 2001, “una Rusia aliada puede ser incómoda, pero una Rusia enemiga es peligrosa”.

A pesar de la remarcable sintonía de intereses, el equilibrio de esta alianza estratégica no es fácil. El discurso de Putin, notablemente militarista, necesita dar una imagen de autonomía y capacidad de resolución, a lo que contribuyen decisiones puntuales que parecen distanciar al Kremlin de sus aliados occidentales. Así, a fines de 2004 el Ejército ruso anunció el desarrollo de un nuevo tipo de misil estratégico, el SS-27 o *Tópol-M*, que invalidaría el escudo antimisiles (NMD) estadounidense¹⁷; poco después, Moscú anunció la introducción del euro como moneda de referencia en la cotización internacional del rublo, al lado del dólar. La perspectiva de un distanciamiento estratégico entre Moscú y Washington parece adquirir una nueva dimensión a raíz de la gira europea de Bush de febrero de 2005: en su discurso de Bruselas del 21 de febrero, Bush da un serio aviso a Moscú para que respete los derechos humanos; sin embargo, dos días más tarde Putin y Bush tienen una larga conversación a puerta cerrada en Praga. En las declaraciones posteriores a la prensa apenas se vislumbran desacuerdos estratégicos y los derechos humanos desaparecen de la agenda. Una de las prioridades de Bush durante esa gira era lograr apoyos para obligar a Irán a renunciar a su programa defensivo nuclear. Pues bien, pocas semanas después Rusia firma un acuerdo con Teherán para proveerle de material nuclear de uso civil. Resulta difícil imaginar que este gesto no se haya realizado sin el conocimiento y, hasta cierto punto, la aprobación de Bush, habida cuenta igualmente de la nula reacción de Washington a raíz del acuerdo.

El nuevo escenario estratégico internacional conviene enormemente a los intereses de Rusia: la sintonía con Bush le aporta estabilidad en un momento de frágil recuperación económica y la consolidación de su liderazgo regional. En un momento en

que la popularidad de Putin es incuestionada en el interior de Rusia, el Kremlin puede arriesgarse a realizar alianzas internacionales que hubieran sido gravemente discutidas a su predecesor, lo que le da un gran margen de maniobra. Sin embargo, para ello tiene que poner de manifiesto de vez en cuando que Rusia sigue gozando de autosuficiencia militar y diplomática; aunque, muy posiblemente, previamente deba consultar e informar de los gestos producidos en dicho sentido.

CONCLUSIONES: UNA ALIANZA A TRES BANDAS, FLEXIBLE PERO SÓLIDA

La cooperación entre Rusia, Estados Unidos y la Unión Europea presenta un esquema de geometría variable en que difícilmente puede producirse una asociación entre los tres a nivel de igualdad; los vínculos bilaterales en este marco presentan especificidades que desarrollan síntomas de rivalidad con el elemento que ha quedado al margen. En los años del primer mandato de G.W. Bush, la seguridad ha alcanzado un lugar privilegiado en la agenda internacional, lo cual ha reforzado la confianza entre Rusia y Estados Unidos; sin embargo, ello no implica un distanciamiento radical de ninguno de ambos con su socio europeo, a pesar de las crisis escenificadas. Al contrario, la convergencia de intereses entre los tres vértices se presenta cada día más como una realidad ineludible, y las crisis de los últimos años, muy especialmente la de Irak, han puesto en entredicho una colaboración que, a distintos niveles, presenta características estructurales. Si bien es cierto que la *securitization* de la política internacional ha desvelado las insuficiencias de la UE en el campo estratégico (y, por ello, su escasa capacidad de maniobra diplomática), Bruselas intenta solucionar esta deficiencia solventando, en primer lugar, sus diferencias internas y, en segundo lugar, las brechas surgidas en el seno de sus alianzas estratégicas globales. El segundo mandato de Bush y la llegada de C. Rice a la Secretaría de Estado están dando señales de apertura a la multilateralidad desde Washington. Es pronto para interpretarlas, y todavía existen grandes diferencias de perspectiva en áreas tan delicadas como el conflicto de Oriente Próximo, China o Irán; experiencias previas de colaboración multilateral en las áreas candentes del planeta, como el cuarteto entre Estados Unidos, la UE, Rusia y Naciones Unidas, no han dado los resultados previstos, y no parece que vayan a repetirse bajo el mismo formato. En cambio, la colaboración de Estados Unidos con Rusia y con la Unión Europea puede consolidarse e incluso reforzarse; existen precedentes de dicha colaboración en los Balcanes y en Afganistán que pueden servir muy bien de referente para una estrecha cooperación a tres bandas en el ámbito de la seguridad internacional.

El triángulo de colaboración que constituyen estos actores puede adquirir una forma cambiante, como hemos visto, según el momento o el ámbito en que se desarrolle, pero difícilmente podrá quebrarse; de hecho, su geometría variable, al permitir reforzar uno de los vértices cuando un ángulo se distancia y al garantizar la alternancia de las alianzas, potencia la continuidad de este sistema. El área de influencia de estas tres potencias tiene su propio marco de cooperación en la Organización de Cooperación y Seguridad en Europa (OSCE) y en el Consejo de Asociación Euro-Atlántica (CAEA), que aún desde 1997 a los países miembros de la OTAN con los formantes de acuerdos en la Asociación por la Paz. Esta gran área de seguridad presenta necesidades y perspectivas comunes que superan fácilmente las diferencias que las separan y generan una voluntad compartida de cooperación y estabilidad.

A menudo, al enumerar las razones de la fuerte cooperación entre Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia (o, con más frecuencia, los vínculos entre dos cualesquiera de estos actores), se citan los valores comunes que cohesionan esta cooperación; entre estos valores comunes ocupan un lugar privilegiado la democracia, el derecho internacional y los derechos humanos. Sin embargo, hemos visto que esta cooperación se intensifica precisamente cuando no se exige el cumplimiento de los derechos políticos, lo que es percibido como una forma de injerencia y de presión; en cambio, la mayor señal de un mejor entendimiento entre estas potencias reside, precisamente, en un discurso que obvie el tema de los derechos humanos o prescinda de mecanismos para exigir su cumplimiento. En realidad, los valores comunes en las potencias que ocupan el tercio septentrional del planeta pasan por su propia seguridad y por una estabilidad global que asegure una hegemonía en cierto modo compartida, aunque manifestada de modos distintos por cada una de ellas. La rivalidad perceptible entre Washington, Bruselas y Moscú parece ocultar, en realidad, un interés compartido en mantener un *statu quo* internacional mutuamente beneficioso que lleve, a la práctica, a una especie de directorio internacional que dificulte la puesta en funcionamiento de un auténtico multilateralismo o el papel de instituciones como la OSCE o las mismas Naciones Unidas. Una retórica oficial a favor del derecho internacional, el desarrollo de las regiones menos favorecidas o el diálogo entre civilizaciones puede pasar a un segundo plano ante la convergencia de intereses de estas potencias y ante una estabilidad mundial creada a partir de los intereses de dichos estados. Las potencias occidentales, con la imprescindible cooperación de una Rusia que comparte gran parte de dichos intereses, mantienen un discurso igualitario y colaborador e incluso pueden generar debates entre sí alrededor de perspectivas distintas sobre grandes principios, pero diseñan un orden mundial a partir de unos objetivos que no sólo no son opuestos sino que a menudo coinciden en la consolidación de una posición privilegiada compartida en el sistema internacional.

Notas

1. En realidad, el programa *Missile Defense* (MD) es una adaptación del *National Missile Defense* (NMD) de Clinton, de 1999, en que se suprimen las fases intermedias, convirtiéndolo de este modo en un instrumento más pragmático que prevé la realización sobre el terreno de defensas reales, no de simples proyectos.
2. La cumbre de Saint-Malo, de diciembre de 1998, entre Francia y Gran Bretaña supone el compromiso entre las dos partes por contribuir a una defensa común en el marco de la PESC. Esto supuso, aparentemente, la incorporación histórica del Reino Unido al proyecto europeo de defensa y levantó fundadas esperanzas de una nueva fase de unidad europea en materia de seguridad.
3. En enero de 2003 los jefes de Estado o de Gobierno del Reino Unido, Italia, España, Polonia, Portugal, República Checa, Hungría y Dinamarca hicieron público en un comunicado titulado significativamente “Europa y América deben permanecer unidas” (publicado en el diario *El País* de 30.1.2003. P. 11) su apoyo incondicional a la posición estadounidense en la crisis de Irak, amparándose en la Resolución 1.441 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Esto permitió al Secretario de Defensa de Estados Unidos, Donald Rumsfeld, establecer una ya famosa distinción entre lo que el denominó la “nueva Europa” y la “vieja Europa”.
4. Véase <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2005/02/20050221.html>.
5. El comunicado, titulado “A Compact between the United States and Europe” (accesible en http://www.cer.org.uk/pdf/us_europe_compact_feb16_05.pdf), defiende la comunidad de valores e intereses existente entre ambas orillas del Atlántico y llama a la superación de malos entendidos previos. Lo firman, entre otros, Robert Kagan, Francis Fukuyama, Simon Serfaty, Joseph S. Nye, Timothy G. Ash, Daniel Keohane, Narcís Serra y Nicole Gnesotto.
6. Dejando a un lado, por supuesto, las problemáticas previas a dichas políticas de reconstrucción, como son la incapacidad europea de mediar en el conflicto bosnio entre 1992 y 1995 y las dudas razonables sobre la legalidad y legitimidad de los bombardeos de la OTAN sobre territorio serbio en 1999, a raíz de la crisis de Kosovo.
7. La imagen de unos Estados Unidos y una Europa incapaces de entenderse viene reflejada en el ya famoso artículo de Robert Kagan, en *Policy Review*, vol. 113, de junio de 2002: “(...) los estadounidenses son de Marte y los europeos son de Venus: están de acuerdo en pocas cosas y su entendimiento mutuo es cada vez menor. Y esta situación no es transitoria, no es el producto de unas elecciones estadounidenses o de un acontecimiento catastrófico. Las razones de la brecha transatlántica son profundas, vienen de antaño y posiblemente perdurarán. Cuando se trata de fijar prioridades nacionales, de determinar amenazas y de diseñar y aplicar políticas exteriores y políticas de defensa, Estados Unidos y Europa van por caminos diferentes.”
8. Así, en las elecciones de esos años las opciones nostálgicas se refuerzan: en diciembre de 1995 el Partido Comunista Ruso (KPRF) resulta la fuerza más votada en la Duma rusa; seis meses más tarde, en las elecciones presidenciales, el líder comunista Zúgánov recoge el 32% de los votos

en la primera vuelta y el 40,3% en la segunda. Al mismo tiempo, el populista de extrema derecha V. Zhirinovski (LDPR), aunque menos votado, consigue un fuerte protagonismo social con su demagogia nacionalista y antioccidental. Incluso unos años más tarde una encuesta realizada en 1999 por el Instituto *Romir*, refleja que un abrumador 41% de los respondientes considera que Occidente “intenta convertir a Rusia en un país del Tercer Mundo”, y un 37% piensa que “Occidente intenta disolver y destruir Rusia”, mientras que sólo un 11% cree que los países occidentales “apoyan política y económicamente a Rusia” y sólo un 3% defiende que “Occidente ayuda a que Rusia sea un país civilizado y desarrollado” (Citado por POCH, R., en el artículo “Rusia se enroca. Kosovo y la crisis económica provocan una nueva hostilidad hacia occidente”, publicado en *La Vanguardia*, 12 de diciembre de 1999, sección “Revista”. P. 14-15).

9. En realidad, sí que se produce una condena, en términos muy duros, del Consejo Europeo hacia Rusia con ocasión del Consejo de Helsinki. Sin embargo, las sanciones anunciadas y las amenazas de aquella ocasión no tuvieron ninguna aplicación práctica, en lo que parece un movimiento cautelosamente pactado.
10. Con la ampliación europea, la región de Kaliningrado ha quedado aislada del resto de territorio ruso por Lituania y Polonia. Putin pretendía potenciar el puerto de Kaliningrado como gran nexo comercial entre Rusia y la UE, pero Bruselas rechazó esta posibilidad que hubiera perjudicado a los otros puertos del Báltico. Más tarde, Moscú presionó para que la UE facilitase la comunicación de la región con el resto de Rusia, lo que sólo ha logrado parcialmente.
11. En Estonia y Letonia hay aproximadamente, a principios de siglo, 1.230.000 rusos, ucranianos y bielorrusos, de los cuales apenas 510.000 poseen la nacionalidad del Estado en que residen. Aunque esta situación había llevado a duras críticas desde Rusia a principios de los años noventa, el Kremlin había rebajado el tono reivindicativo en la zona al aceptar la mediación de las organizaciones internacionales y las tímidas reformas de los gobiernos bálticos. Sin embargo, a partir de diciembre de 2001 volvemos a encontrar discursos de la presidencia rusa exigiendo respeto a los derechos de los rusófonos en el Báltico.
12. El 1 de septiembre de 2004 un comando checheno toma una escuela en Beslán, en Osetia septentrional. Tras tres días de asedio, el colegio es liberado por tropas rusas en una situación confusa que provoca más de trescientos muertos, la mayoría niños. Ante los comentarios de algunos políticos occidentales como Silvio Berlusconi y Joschka Fischer que cuestionan la inevitabilidad del balance, Moscú reacciona con indignación.
13. Así, en mayo de 2001, el entonces presidente de la República Checa, V. Havel, expresó ante los candidatos al ingreso en la OTAN (los “Diez de Vilnius”) su convencimiento de que Rusia, al no ser un país ni occidental ni europeo, no debe recibir un trato especial de las organizaciones occidentales.
14. El 18 de marzo Vladimir Putin se encontró en París con una *troika* comunitaria particular, puesto que estaba compuesta por los tres líderes de la UE que mayor recelo habían expresado hacia la guerra de Irak: Chirac, Schroeder y Zapatero. El ambiente de cordialidad que se respiró en la cumbre, sin críticas aparentes ni a la política interna rusa ni a la política internacional de Washington,

- así como el hecho de que se produjese semanas después de la gira de Bush apuntan a un deseo compartido de restablecer la confianza internacional perdida en los años anteriores.
15. Ciertamente, este discurso no es tan omnipresente como se ha denunciado desde determinados sectores políticos y periodísticos rusos, pero ha bastado para avivar en Rusia un sentimiento tradicional de amenaza occidental y conspiración contra los intereses rusos. Es el caso del famoso libro de Z. BRZEZINSKI, *The Grand Chessboard* (BasicBooks, 1997; publicado como *El gran tablero mundial* por Ed. Paidós, Barcelona 1998), que ha tenido, y sigue teniendo, una amplia difusión en Rusia como reflejo de los prejuicios occidentales hacia Rusia.
 16. Dado que la recuperación económica de Rusia depende de sus exportaciones petrolíferas, difícilmente podía aceptar Putin la liberalización del petróleo iraquí. Por otra parte, es sabido que algo más de la mitad del petróleo que podía exportar legalmente Saddam Hussein lo hacía a través de compañías rusas; por último, la opinión pública rusa habría digerido muy mal el apoyo oficial a una operación percibida como un acto imperialista del que todavía es visto para muchos como el gran rival y enemigo de Rusia.
 17. *Vid.* RITTER, S., "Rude awakening to missile-defense dream", en *Christian Science Monitor*, 4/1/2005, p. 9.

Referencias bibliográficas

- BARANOVSKY, V. *Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti- Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2002.
- BARDAJÍ, R.L. "La revolución estratégica de George W. Bush". En: *Política Exterior*. Vol. XV. No. 82 (julio-agosto 2001). P. 113-120.
- BAYOU, C. « Les relations Russie-Union européenne : vers quelle intégration? ». En : *Le courrier des pays de l'Est*. No. 1.025 (mayo de 2002). P. 4-16.
- CHILLAUD, M., y FACON, I. « Le rôle de la Russie dans la sécurité européenne ». En : *Le courrier des pays de l'Est*. No. 1.025 (mayo de 2002). P. 31-38.
- CLAUDÍN, C. "Rusia y la Unión Europea, diez años de un lento aprendizaje". En: *Anuario CIDOB 2001*. Barcelona , 2002. P. 169-176.
- HAUKKALA, H. y MEDVEDEV, S. (eds.) *The EU Common Strategy on Russia: Learning the Grammar of the CFSP*. Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti-Institüt für Europäische Politik, Helsinki, 2001.
- HERD, G. P. & AKERMAN, E. "Russian Strategic Realignment and the Post-Cold War Era?". *Security Dialogue*. Vol. 33 (September 2002). P. 357-372.
- LO, B. "The Securitization of Russian Foreign Policy under Putin". In: GORODETSKY, G. (ed.) *Russia between East and West*. London: The Cummings Center Series, Frank Cass Publ., 2003. P. 12-27.
- McFARLANE, N. "Realism and Russian Strategy after the Collapse of the USSR". In: KAPSTEIN, E.B.

- & MASTANDUNO, M. (eds.) *Unipolar Politics. Realism and State Strategies After the Cold War*. New York: Columbia U.P., 1999. P. 218-260.
- McFAUL, M. "Realistic engagement: a new Approach to American-Russian Relations". *Current history*. Vol. 100. No. 648 (October 2001). P. 313-321.
- RUBINSTEIN, A. Z. "Russian Strategic Uncertainty in an Era of US Tactical Intrusiveness". In: GORDON-DOTSKY, G. (ed.) *op. cit.* P. 86-98.
- SÁNCHEZ ANDRÉS, A. "La economía rusa: una década de transición". *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*. No. 59 (octubre/noviembre 2002). P. 53-72.
- SEDIVI, J. et al. "Enlargement and European Defence after 11 September". *Challiot Papers*. No. 53 (June 2002), Institute for Security Studies.
- SERRA, F. "Rusia ante la ampliación de la Unión Europea". En: FLORES JUBERÍAS, C. (coord.) *Actas del III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental*. Vol. II. *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*. No. 43-44 (primavera/verano 2003), Universitat de València. P. 79-91.
- WETTIG, G. "Moscow's Perception of NATO's role". *Aussenpolitik*. Vol. 45. No. 21999. P. 123-133.